



RECORDANDO A DON FERNANDO

Por

JOSÉ M.^a RODRÍGUEZ-BUZÓN CALLE



EL PRESIDENTE DE AMIGOS DE LOS MUSEOS ENTREGA A DON FERNANDO EL TÍTULO DEL PREMIO MANUEL RODRÍGUEZ-BUZÓN.
FOTO: P. R.-BUZÓN.

L el día 19 de abril del 2008 fallecía en Málaga en la residencia jesuita del Palo don Fernando García Gutiérrez a pocos meses de cumplir 90 años. Don Fernando, como delegado diocesano del Patrimonio Histórico-Artístico, ocupó en nuestro Patronato la representación del arzobispo. Fue también un admirado colaborador de nuestra revista, donde publicó sendos artículos de arte oriental.

Con motivo del cincuenta aniversario de la creación de nuestro Patronato, en la eucaristía en memoria de su fundador, Manuel Rodríguez-Buzón, pronunció una homilía que, por su interés, vamos a reproducir después de esta breve introducción para facilitar algunos datos de su biografía.

Con 18 años entra en la Compañía de Jesús. En el noviciado estudia Humanidades y Filosofía. Terminados sus estudios, siente la llamada misionera y pide que le concedan ir a Japón. En Tokio, tras estudiar Teología, es ordenado sacerdote. Comienza entonces su formación en el estudio de lo que sería la pasión de su vida: el arte oriental. Posteriormente, en la Universidad Sophia de Tokyo enseñará esa especialidad, mientras prepara la publicación del tomo XVIII del *Summa Artis* dedicado al arte oriental. A esta primera publicación le siguieron, a lo largo de su vida, otras diecinueve que nos dan una idea de su fecundidad intelectual.

En Tokyo permanecerá siete años. De vuelta a España, en la Universidad de Sevilla es profesor de arte oriental, mientras monta la colección de piezas que trajo de Japón, que donaría posteriormente a la Real Academia de Bellas Artes Santa Isabel de Hungría.

Dotado de una personalidad expansiva, ayudó y colaboró con las personas e instituciones que solicitaron su concurso. Buen ejemplo de ello fueron sus colaboraciones con la Fundación Foco y la Universidad Loyola de Andalucía.

En Sevilla, donde pasó los últimos cuarenta años de su vida, gracias a su extraordinaria capacidad de relaciones

humanas, dotado además de una sabiduría e inteligencia fuera de lo común, desarrolló una intensísima vida pastoral e intelectual. Sus conferencias, escritos sobre arte y sus colaboraciones en el comisariado de exposiciones han dejado una memoria indeleble de su personalidad.

Poseedor de diversas distinciones, cabe destacar, por ser las más emblemáticas, la que le entregó el emperador de Japón en 1993 por su labor de puente entre dos culturas: la Cruz de la Orden del Tesoro Sagrado. Del mismo modo, también fue distinguido de forma compartida con el premio de la Fundación Consejo de España-Japón.

La pérdida de este sabio jesuita jerezano será sin duda muy difícil de superar, así como el vacío que deja en nuestros corazones resultará muy difícil de llenar. Parafraseando a Lorca, podemos decir que tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace, un andaluz de tan luminosa inteligencia y saberes tan altos.



HOMILÍA

Por

FERNANDO GARCÍA GUTIÉRREZ

CINCUENTA AÑOS DEL PATRONATO DE ARTE DE OSUNA

Recía san Agustín que *recordar (re-cor-dare) era volver a dar las cosas al corazón*. No se trata de una recreación fría y superficial, sino de algo que se crea en el corazón. Me parece que es el término justo para hacer memoria de los cincuenta años de vida del Patronato de Arte de Osuna que hoy conmemoramos. Y precisamente lo hacemos en una eucaristía, que es una memoria tan real que en teología se define como una verdadera actualización del Misterio Pascual de Cristo.

Cincuenta años del Patronato de Arte de Osuna es ya un espacio de tiempo suficiente para mirar atrás y volver a dar al corazón las metas alcanzadas en este camino de protección del arte. No es un camino cualquiera, se trata nada menos que de custodiar, restaurar, conservar y aumentar el rico patrimonio de arte sagrado, que en esta incomparable ciudad de Osuna está puesto al servicio del Señor. Un Dios invisible, que se hizo cercano y visible a los hombres desde el momento en que Cristo se hizo hombre y se vino a vivir en medio de nosotros. En el arte se nos desvela algo de este Dios invisible, que de un modo humano se hace visible a nosotros.

Este Patronato es el custodio del arte sagrado, y este oficio tan elevado lo habéis cumplido perfectamente durante estos cincuenta años. La necesidad tan humana de acercar al Invisible hasta nosotros para poder palparlo y sentirlo nuestro, que es la función del arte sagrado, la habéis llevado a cabo sin cansancio, superando siempre dificultades y limitaciones. Habéis cumplido las palabras del papa Pablo VI en su mensaje dirigido a los artistas en el Concilio Vaticano II, que podéis hacer vuestras con toda verdad: este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, es lo que pone la alegría en el corazón de los hombres, es el fruto precioso que resiste al desgaste del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración. Y todo esto por vuestras manos... Recordad que sois los guardianes de la belleza en el mundo.

Ese ha sido vuestro oficio en estos cincuenta años: ser los guardianes de la belleza en el mundo. Más aún, de la belleza sagrada, que es la que está al servicio de Dios en los espacios dedicados al culto y a la alabanza divina por medio del arte. Sin vuestra ayuda, esta dimensión apostólica del arte sagrado no hubiera sido posible. Como guardianes y protectores de

este arte, habéis colaborado en el ministerio sacerdotal de la Iglesia. Recordando una vez más al papa Pablo VI, que hablaba a los artistas italianos en 1964, citamos sus palabras:

Si nos faltara vuestra ayuda, el ministerio sería balbuciente e inseguro, y necesitaría hacer un esfuerzo, diríamos, para ser él mismo artístico, es más, para ser profético. Para alcanzar la fuerza de expresión de la belleza intuitiva, necesitaría hacer coincidir el sacerdocio con el arte. A tanto llega el Magisterio de la Iglesia al declarar la necesidad de hacer asequible, visible, la realidad del Dios Invisible para darlo a conocer.

Todo esto es lo que vosotros habéis hecho al proteger y conservar el arte sagrado en Osuna. Sois los protectores incondicionales y necesarios para que el arte, que nos muestra a la Belleza Invisible, siga siendo cada día más asequible a todos los que se acercan a las maravillas artísticas de esta ciudad. Cuántos miles de personas se han acercado en estos cincuenta años a la Colegiata, a este monasterio, a tantas iglesias de Osuna, muchas veces sin tener todavía la realidad de la fe en sus corazones, y ha sido a través del arte por donde han llegado al conocimiento de la Belleza Invisible. Éste es el aspecto profético que tiene el arte, y en esta comunicación habéis tenido una parte muy importante. Sin la custodia y conservación de estas obras de arte, no hubieran reflejado a la Belleza Invisible que representan. Por eso vuestro trabajo es hasta cierto punto sacerdotal, porque sois portadores de esta misión que hace posible este misterio: la protección del arte como vehículo de dar a conocer a Dios. Protegéis y hacéis más asequible la belleza creada, que es un reflejo de la increada y que es tan necesaria para encontrar al Invisible. Como decía el papa Benedicto XVI a los artistas en 2009:

La belleza auténtica abre el corazón humano a la nostalgia, al deseo profundo de conocer, de amar, de ir hacia el Otro, hacia el más allá. Si aceptamos que la belleza nos toque íntimamente, nos hiera, nos abra los ojos, redescubrimos la alegría de la visión, de la capacidad de captar el sentido profundo de nuestra existencia, el Misterio del que formamos parte, y que nos puede dar la plenitud, la felicidad, la pasión del compromiso diario... La belleza es clave del misterio y llama a lo trascendente.

Ante estas palabras, seguramente se nos abrirá cada vez más el deseo de hacer asequible estas obras de arte que tenemos en nuestras manos, para ponerlas más al alcance de todos los que vienen a visitarlas. Esto tiene que animarnos a seguir trabajando con la ilusión de proteger y comunicar la posibilidad de acercarse a otros hasta la Belleza Invisible que representan.

Esta fue sin duda la visión que tuvo el iniciador de este Patronato, Manuel Rodríguez-Buzón, hace cincuenta años. Con su enorme sensibilidad, él había descubierto el misterio más profundo del arte, y quiso que estuviera al alcance del mayor número posible de personas. Por eso hoy nuestro recuerdo es sobre todo para él. Llegó a sentir como propio el cuidado de los monumentos artísticos de esta ciudad, y se entregó en cuerpo y alma a protegerlos y restaurarlos del posible abandono. Nosotros no hacemos más que continuar la labor que él comenzó, especialmente su hermano Patricio.

Que el mayor fruto de la celebración de este cincuentenario sea el seguir con el mismo entusiasmo, cuidando el mantenimiento y la protección de las inigualables obras de arte que se conservan en Osuna. Que ellas sigan siendo para todos los que se acercan a visitarlas el camino que les lleve al descubrimiento de la Belleza Invisible que representan.



IN MEMORIAM MANOLO OLMEDO, PASIÓN POR OSUNA

Por

JOSÉ MARÍA AGUILAR RODRÍGUEZ

Ea noticia del fallecimiento del periodista Manuel Olmedo Sánchez, *Manololmedo*, mi erudito y admirado redactor jefe en el *ABC de Sevilla*, además de crítico de arte y de toros, me empitonó el alma. Por más que en la Redacción de los afectos antiguos uno esté ya acostumbrado a convivir con el inexorable temor a oír campanitas en el *teletipo de las amapolas*, la cornada inferida en la femoral de los aprecio fue muy gorda. Esas campanitas, heraldos de telegramas trascendentes, sonaron inevitablemente. Tras ellas se testimonió la despedida de los ruidos de la vida terrenal de un ser excepcional, de un refinado e integérrimo caballero. Doctor en Ciencias Químicas, diplomado en Arte y número 1 de la Asociación de la Prensa de Sevilla, de la que era Socio de Honor, Olmedo fue además vicepresidente de Amigos de los Museos de Osuna y habitual colaborador en estos anuales *Cuadernos*. Osuna fue para él una pasión indisimulada.

Manololmedo había nacido en 1922 en Sevilla, donde falleció el 21 de mayo de 2018. Hijo único de don Antonio Olmedo Delgado, militar y periodista, y doña Dolores Sánchez Ríos, fue un excelente estudiante. De los de sobresaliente de media. En 1940 cumplió las pruebas del examen de Estado en la Universidad Hispalense. El nuevo bachiller cursó con gran aprovechamiento los estudios en Químicas.

Estudiaba el 4.º curso de la carrera cuando, en 25 de enero de 1944, publicó su primer artículo en el *ABC de Sevilla*, donde trabajaba su padre, quien sería director del periódico entre 1952 y 1957. Fue titulado «Así nacieron los motines de estudiantes». Ni imaginaba que habría de acabar dedicándose al periodismo, como su progenitor.

A mediados de junio de 1945, Manolo se licenció en Químicas. Su promoción festejó el final de la carrera con un banquete presidido por el decano de Ciencias, don Patricio Peñalver. Entre los egresados se hallaban siete muchachas: Dolores Arjona Soto, Concepción Gómez Guillén, Carmen Janer del Valle, María Mancha Mancha, María Dolores Ramos Latorre, Alegría Rosch Nadal y Rosario Vega Sánchez.

Ese verano, Olmedo reanudó sus publicaciones en el *ABC* sevillano. Así, el 28 de julio firmó un pequeño relato titulado *Confidencia*, y el 12 de agosto, un artículo sobre la bomba atómica, de muy dolorosa actualidad en esos días.

También en 1945 comenzó su servicio militar, que cumplió en Córdoba como oficial de Complemento en Artillería. Tras licenciarse se convirtió en prestigioso crítico de arte; en un principio, como colaborador, y desde 1952, como redactor de plantilla de las Tres Letras hispalenses. Ese mismo año ingresó en la Asociación de la Prensa de Sevilla. En 1959 fue ascendido a redactor jefe.

Manolo fue periodista de vieja escuela. Su herramienta de trabajo era la pluma, sea empleado el sustantivo en sentido literal. Porque escribía a mano. La Hispano-Olivetti, la Remington o la Olympia no estaban hechas para él. Se consideraba «decimonónico», como le indicó al gran Paco Correal en una espléndida entrevista en el *Diario de Sevilla*. Un periodista de otros tiempos con manuscritos redactados en pulcro estilo, destinados a un añejo taller de tipografía con olor a tinta y a aleación de plomo, antimonio y estaño en las linotipias.